

Colección Ensayo

IGNACIO VILADEVALL

Luz de las mariposas

PRÓLOGO DE JUAN BAUTISTA DURÁN



Editorial Comba

Imagen de la portada:
Montaje con mariposas de Odilon Redon

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Diagramación: Roger Castillejo Olán

© Ignacio Viladevall
© Editorial Comba, 2015
c/ Muntaner, 178, 5º 2ª bis
08036 Barcelona

ISBN: 978-84-944938-2-9

Depósito Legal: B-6.027-2016

Índice

Prólogo: Lazos necesarios	11
El lenguaje del Macaón	17
Una Podalirio en Sitges	29
La oruga de Font-Romeu	41
Apolo desaparecido	51
Ingrata ortiga, hermosas mariposas	67
Aparición en un parque público	75
El rincón de las Vanesas	89
Invisibilidad de un sátiro	101
Una mariposa nunca vista	113
De nombres y melancolía	121
Ninfas de las Galias	133
Juegos eróticos de la Nacarada	143
La mariposa que llegó de África	153
Remordimiento y redención	167
Salvemos a las mariposas	181

*A Carmen Palaus,
para quien el mundo era la vida de la ternura*

¿Por qué nos quieren sacrificar?
¿A quién dañamos con vivir, a quién
hacemos mal con solamente vivir?

Arturo Uslar Pietri
Las lanzas coloradas

PRÓLOGO

Lazos necesarios

El equinoccio de primavera cae en el veinte o veintiuno de marzo, y es en esas mismas fechas cuando *Luz de las mariposas* debe llegar a los lectores, al mismo tiempo que las mariposas a los prados. Ignacio Viladevall tuvo mucho cuidado en precisar esto según acordábamos la publicación del libro, a riesgo de que yo lo tomara por una rareza, por un capricho de entomólogo sin ton ni son, como si las mariposas pudieran marcar el calendario editorial. ¿Y cómo no? El lector descubrirá en seguida que el protagonismo es todo para ellas, y en consecuencia, para la naturaleza, tan ignorada e incomprendida hoy día, en una sociedad que cada vez se aleja más de ella y a lo sumo la tiene por un espacio de ocio. El silencio del monte, sin embargo, los colores y los cambios que en cada estación tienen lugar, no son menos importantes que el afán del ser humano por transformar su esencia y procurarse una vida cómoda y duradera.

Contemplar las mariposas hipnotiza, asegura Viladevall, «equivale a sentirse en un mundo donde se hace buen uso de la lentitud». Sus palabras buscan no sólo defender a los lepidópteros, sino a todos los animales en peligro de extinción, con los desajustes que la pérdida de una especie supone en la cadena natural. Las mariposas desempeñan ahí un papel fundamental, al contribuir en la polinización de las flores; pero no sólo ellas son determinantes, sino la completa totalidad de especies que habitan el planeta. Y algunas de ellas, a decir verdad, tienen un aspecto nada agraciado, ni agradable ni bucólico, e invitan más bien a volver la vista hacia otro lado. Pero ¿cómo referirse a la belleza sin tener presente la fealdad? Viladevall evita desviar la vista de aquello que no le gusta, por mucho que le incomode, como se aprecia en el capítulo dedicado a las ortigas, y elabora un discurso personal, de significado ecológico, con voluntad de apelar a los valores universales.

Se reconoce hijo de la «insolente burguesía», lo que puede leerse como una exageración, una especie de auto de fe, a medida que las mariposas le traen recuerdos y circunstancias con las que ahora no pregonó, y quizá nunca pregonó, pero son el germen de su cultura y su sensibilidad. La contradicción es inherente al ser humano, y no hay pensamiento sensato que no salga de esas arenas movedizas, ya se trate de un pensamiento encorbatado, embarrado o playero. Lo mismo da, en todas esas facetas podemos encontrar al hombre que busca las mariposas y anda

tras ellas con una cámara de fotos, el sombrero, la corbata volada y una libreta de campo para tomar nota de cada observación. La trama, dice, es una extensión del recuerdo. Así se articula *Luz de las mariposas*, entre el conocimiento científico, la idealización de las cosas y la memoria personal. Se busca en la fábula, y por ello, porque la poesía de las mariposas arranca en la angustia, se trata de un libro combativo, lleno de reflexiones y referencias literarias. «Vamos al reino de la Muerte/ por el camino del Amor», cita a Rubén Darío. También a Ramón Gómez de la Serna, para quien las mariposas eran «lacitos del aire». Lo más sorprendente, en este sentido, es que en los catorce capítulos que conforman el libro hable de lepidópteros y literatura esquivando cualquier mención al autor más conocido por su amor a las mariposas, es decir, Vladimir Nabokov. Y no es que Viladevall lo ignore o no lo haya leído. Suponer esto sería menospreciarlo.

El único acercamiento a Nabokov hay que buscarlo casi con lupa, en el capítulo dedicado a los sátiros, donde afirma que las mariposas son «la luz de mis ojos». Se da la coincidencia de que, al principio de *Lolita*, Humbert Humbert se refiere a su “nínfula” como «luz de mi vida, fuego de mis entrañas». Las “nínfulas” que obsesionan al extravagante personaje de Nabokov no están nada alejadas de las mariposas, en verdad, como demuestra el propio apelativo —estas páginas las sobrevuelan no pocas ninfas— y la fugaz juventud en que revelan su auténtica natu-

raleza. Entre los nueve y los catorce años, asegura Humbert Humbert; un periodo muy corto en la vida de una persona, y sin embargo, en proporción, comparable con el tiempo de vida de una mariposa. Son conocidas las múltiples etapas y metamorfosis que experimentan hasta alcanzar ese brillo, ese destello que, en palabras de Viladevall, pasa por los jardines como la luz por un cristal.

Desde niño adquirió el hábito de hablar con ellas, o de hacerse comprender, al menos, tal como sabrán quienes hayan seguido su conocido espacio semanal en *La Vanguardia*, dedicado primero a los árboles de Barcelona y de ahí a toda clase de plantas, insectos y poetas que brotan de la tierra. Antaño era común que los poetas dedicaran una parte de su formación al campo, es decir, a entender la naturaleza, con largas estancias centradas únicamente en pulir sus versos codo con codo con el lenguaje del campo y sus elementos, desde los árboles a las plantas, pasando por todo ser viviente que se asomara a la vista del poeta. «Quien convive con árboles dispone/ de poderes, pacta con semidioses», cita Viladevall a J.M. Caballero Bonald. Se nota en cada referencia su apasionada formación hispanista, y uno diría que si de joven optó por estudios humanísticos en vez de científicos fue a todas luces para poderse comunicar con las mariposas, para hablarles de tú a tú, lejos de la esterilidad a que las ciencias obligan.

Su principal cometido estriba en humanizar aquello que atrae su atención, ya no sólo las mariposas, sino la

naturaleza entera. Trepa la mirada a los árboles, fantasea con la unión de dos plantas, hinca una rodilla junto a una azucena para decir que sugiere una expedición a lo desconocido, por su gran variedad de colores y diseños, entre los cuales habrá de encontrar un caracol, un bulbo torcido, una mariposa dándose baños de luz. Quién sabe. Corresponde al lector averiguarlo, adentrarse con él en la espesura donde moran las mariposas antes de que las adversidades climáticas y medioambientales las expulsen. En el trato con ellas, Viladevall encontró cierta placidez, la luz de sus ojos.

Juan Bautista Durán,
Editor de Comba

El lenguaje del Macaón

Sucedió en Barcelona, en los jardines de Montjuich, hace algún tiempo. Yo era joven, tenía un corazón de dieciocho años. Prefería el placer al deber: vivía en un mundo irreal de poesía y de pasión; oía los colores, veía los sonidos. ¡Jugaba a soñar! Mi madre confeccionaba herbarios para estudiantes de botánica y vendía colecciones de insectos en el Museo Pedagógico de Ciencias Naturales. En este establecimiento histórico que hubo en la plaza Real se acaloró mi imaginación. Me sentía más estrechamente ligado a lo imposible, a lo que no podía existir, que a lo visible. Tenía una vaga conciencia de lo desconocido. Más que lo enigmático, yo sentía lo irreal de las cosas. Una concepción diferente de lo maravilloso me permitía oír las voces de una mariposa o incluso los gritos de una planta.

Desde la balaustrada de cemento de la carretera de Miramar, un día vi venir una mariposa, un Macaón (*Papilio machaon*). Vaya si lo era. La luz le daba maravillosamente de pleno. Surgió como por arte de encantamiento. Quedé más que sorprendido ante su aparición,

quedé atónito, encandilado. Sentí su llegada como una suerte de felicidad. ¡Adoro a las mariposas! Les debo horas perfectas. Había subido al parque de Montjuich a mirar el mar. Muchos días sentía el reclamo del mar, imperioso, irrefrenable. Me hacía falta contemplar sus vastos dominios, soñar melancólicamente. Solía refugiarme en sueños con la vista perdida en el horizonte. Arriba, el paso silencioso de las nubes; abajo, el puerto mudo y bullicioso; y en la línea en que el mar parece que se junta con el cielo, la calma infinita del más allá. Reinaba aquel día un sosegado silencio. Fluía el tiempo sin preocupaciones. Ah, siempre me siento más sereno mirando el mar, su azul cambiante, indefinible. Se dice que ante él es más fácil reconocer la profundidad del corazón humano. Desde Miramar ¡hay tanto azul que ver! Ya lo decía Rafael Alberti:

¿Cuántos azules dio el Mediterráneo?

Estaba en eso, acodado en la balaustrada de cemento, frente al panorama, cuando advertí que una mariposa amarilla bastante grande, con colas en el ala posterior, subía del puerto industrial. Me pareció que huía, desparvorida, del tráfico, del ruido. Es verosímil suponer que no debía de encontrarse a gusto en la zona portuaria. A lo mejor no había podido soportar el incesante rugido del puerto.

¿Qué vi, cuando se me acercó, en esa hermosa representante de la familia de las Papilionáceas? Una maravilla, un apoteosis, una geometría extraordina-

ria. Diseños de primer orden. Lo que se ve en sus alas sobrepasa la imaginación. Hay una especie de lujo de detalles que emociona. Se descubre la luz: la victoria de la gracia y de la inventiva. Mientras el color de los adornos tiene acentos de júbilo, la simetría del diseño revela significados recónditos. Por un extraño capricho de la fantasía, las bandas transversales de las alas semejan grietas en un terreno volcánico. Ah..., el Macaón. Cuando se siente mecido por el viento, experimenta una dicha inconmensurable. Su vuelo es seguro; su comportamiento, comedido; su vivir, un secreto en las alturas. Vuela en zonas abiertas y tranquilas, desde el nivel del mar hasta mil ochocientos metros de altura, entre los meses de abril y julio. Hay Macaones desde los puntos más bajos hasta las más excelsas cumbres. Aman la luz, los rayos intensos de sol, el calor voluptuoso del estío.

En su brillante atavío presenta colas largas, bandas oscuras casi negras sobre fondo amarillo claro, lunares anaranjados y marcas de un azul metálico oscuro que recuerda la garganta de las golondrinas. Detrás de cada color hay fabulosas revelaciones.

Mientras la mariposa volaba con la misma lentitud que en una escena rodada a cámara lenta, inspeccioné la zona. Hacía bochorno, el tiempo era tan caluroso que producía una sensación de ahogo. Tenía la frente perlada de sudor. Algunas acacias salvajes surgían detrás de la balaustrada, una lavandera blanca caminaba por el suelo, agitando la cola arriba y abajo, y las gaviotas se balanceaban por el cielo. Franjas de césped circundaban los arriates de rosas, una arena dorada, cálida,

mezclada de polvo, cubría los senderos, y en el centro una sólida formación de ombúes en flor llegaba hasta el hotel, donde resplandecían las plantas exóticas. Un aire luminoso rodeaba los parterres. Era junio.

La vista al mar proporciona sensación de espacio y anhelo de aventuras. No en balde, cuentan que el mar nos ha deparado la *Odisea*. Desde la balaustrada de cemento se abarca de una sola ojeada la ciudad, el puerto y el mar. Aquella mañana ese mar de Ulises brillaba intensamente. Las olas llegaban lentamente tomando impulso desde muy atrás. El sol derramaba en el azur una profusión de pinceladas blancas. Surgían chispas, y una y otra vez las olas pequeñas se deshacían o se quebraban al estrellarse contra los muelles. ¿Y la mariposa? Ah, sí, ahí está, trazando círculos en el aire. ¿Sabían que el Macaón de la península Ibérica puede confundirse con el Macaón de Córcega (*Papilio hospiton*), oriundo de las islas de Córcega y Cerdeña? ¿Y si se tratara de un *hospiton*, una especie un tanto rara, muy local? Se distingue por sus máculas azules, claramente definidas, y por sus colas, más cortas que el Macaón de la península. Ahí radica toda la diferencia. Se me ocurrió que el Macaón pudiera haber llegado en un yate o a bordo de un crucero. ¿Y si la crisálida, prendida a su planta nutricia, hubiese estallado a la llegada de una embarcación al puerto de Barcelona? El ciclo vital de una mariposa hace que nada de lo barajado pudiera ser imposible. En ocasiones, la menor ocurrencia o el más pequeño incidente inflaman la imaginación. Se crea un nuevo modo de ver las cosas.

A propósito de deslumbrantes fantasmagorías, me acordé de cuando el campo, en primavera, era una gran sinfonía de amarillo, de cuando las retamas de olor (*Spartium junceum*) llenaban el paisaje. Antonio Muñoz Molina vio en sus flores alucinantes mariposas amarillas, Cleopatras y Limoneras. «La flor tiene mucho de mariposa puramente amarilla parada en el junco fino y acerado de la planta. Son miles de amarillas mariposas paradas, oliendo, encendiendo el aire, alegrando los barrancos, las veras de los caminos.»

El avistamiento, la contemplación del Macaón, iba a ser muy breve. No importa: una mariposa puede hacer que un minuto sea interminable. Genera mundos. En la misma ribera mediterránea, junto al mar de Ulises, nos sitúa en un orbe donde todo lo domina la aventura de la brevedad. ¡Desplegaba un vuelo tan lento! El Macaón únicamente va más deprisa en caso de sentirse perseguido. Contemplarlo hipnotizaba, equivalía a sentirse en un mundo donde se hace buen uso de la lentitud. ¡Transcurría tan lentamente el tiempo! Y cómo embelesaba su forma de volar. Realizaba una proeza en la que apenas se notaba la tensión ni el esfuerzo, al tiempo que desplazaba una diminuta sombra por la montaña. Era pura plástica, decoración gratuita de lo aéreo. Ese lepidóptero siempre se las arregla para dar una impresión de gran elegancia. Pero ¿a dónde se dirigía? Primero me pareció que iba a los jardines de Mossén Costa i Llovera, donde hay grandes cactus, pero finalmente no fue así. En seguida cambió de dirección. Poco después, vacilante e indeci-

so, volvió a acercarse. «Ven, acércate más», le dije, sin conocer el lenguaje de los insectos. Eché de menos la comunicación con el orden animal. El que conoce los secretos de la naturaleza, se ha dicho, obtiene cosas portentosas. Aunque el Macaón callaba, me pareció que hablaba solo, con una voz lenta y atormentada. Había momentos en que casi creía escucharlo. Lo imprevisto es siempre posible.

Vamos a imaginar que las mariposas han aprendido a comunicarse:

—¡Adiós! Aquí hace demasiado calor. La temperatura aumenta cada año. El calor me tortura. Los días de sol... ¡me atormenta la sed!

El Macaón no se abandonó a un monólogo, en absoluto. Hablaba con alguien, hablaba conmigo. Me estaba invitando a comprender. Decía todo lo que no sabemos cómo decir, cómo explicar. Pero ¿y si la voz que oía era la de mi propia mente? No acertaba a distinguirlo. Confieso que desde hace algún tiempo oigo hablar a las mariposas. Lo digo de verdad. Nos comunicamos mutuamente, con absoluta claridad, lo que queremos decirnos. Para transmitir mis experiencias entomológicas, recurro a lo real, no a lo fantástico. Asediadas como están por la pérdida de hábitats, agobiadas por el aumento de la temperatura, las mariposas me hablan de sus múltiples aflicciones. Puedo probar lo imposible: en el momento en que se llega al límite de una expresión, empieza un territorio «donde todo es posible y todo es incierto». Algo parecido explicaba Julio Cortázar en sus clases de literatura.

—¿Te volveré a ver? —pregunté entre aturrido y estupefacto.

Mis palabras no volvían a ella en forma de sonidos, sino como dudosas figuras llameantes que circulaban delante de sus ojos. Ahí el realismo pierde realidad. El Macaón, tras mirarme con un cansancio irónico, creo que dijo:

—A lo mejor. Cada vez depende más de vosotros.

Fue fácil comprender a la mariposa, leer incluso sus pensamientos. No pudo mentir porque no podía hablar. Pero es que el silencio también es un hueco abierto en el lenguaje. Un acto verbal, como dijo Flaubert. El Macaón estaba confuso, parecía resentido. Era un sentimiento penoso y contenido, acompañado de hostilidad hacia el mundo civilizado. Y yo, acodado en la balaustrada, lo veía ir y venir, elevarse y descender, hablar, callar, manifestar con palabras miedo, disgusto, angustia, rabia, contrariedad. Todo esto iba cobrando certeza de forma insólita. El cielo ofrecía una sorprendente luminosidad cuando se alejó hacia las laderas rocosas del Morrot. Desde lo alto iba a gozar de un campo de visión más amplio. Hay que asumirlo, las mariposas sueñan con lontananzas y por consiguiente con odiseas. Había una luz aquel día prodigiosa, fantástica. Abajo se oían las sencillas estrofas de las lavanderas, y arriba, las estridentes notas de las gaviotas. Las terrazas estaban vacías y los gorriones y los carboneros vagaban cantando vigorosamente. La apacibilidad del momento fue disipando mi estupor.

Una vez que la mariposa hubo atravesado la carretera de Miramar, me pareció que se dirigía hacia la parte más